

## *Percepciones chinas sobre los españoles de Filipinas: La masacre de 1603*

JOSÉ EUGENIO BORAO  
Universidad Nacional de Taiwan

Entre la larga y triste historia de las masacres de chinos en Filipinas<sup>1</sup>, la matanza de 1603 goza de un interés especial desde el punto de vista historiográfico, ya que, en comparación con todas las demás, está bien documentada por ambas partes, tanto la española, como la china. Además ambas fuentes coinciden en presentar los hechos secuenciándolos de un modo semejante.

Al empezar hablando de la masacre, las fuentes —especialmente las chinas— tienen en cuenta un incidente remoto y quizás sin conexión, pero nunca ignorado: el que había habido una primera situación de tensión, en 1593, cuan-

---

<sup>1</sup> Un tema de obligada referencia en el estudio de las relaciones entre China y España, ha sido siempre el de la emigración china a Filipinas y sus relaciones con los españoles, japoneses y nativos filipinos. Un desagradable aspecto, dentro de dichas relaciones, ha sido el de las masacres que los españoles provocaron o dirigieron contra la comunidad china, generalmente ocasionadas por considerar a los chinos una peligrosa "quintacolumna", ante un inminente peligro exterior.

La primera de las masacres, y que ahora analizaremos, tuvo lugar en 1603, en que a manos españolas, pampangas y japonesas perecieron al menos 23.000 chinos, es decir la casi totalidad de la colonia china, que se había rebelado en abierta batalla campal contra el dominio español en un momento en que Manila se encontraba desprotegida y los chinos parecían esperar refuerzos del continente. A esta masacre siguió la de 1639, motivada por la rebelión de los chinos que fueron obligados a trabajar en los campos de arroz según normas dictadas por el entonces gobernador Corcuera. Luego vino la de 1662, ante la expectativa de la llegada de Koxinga —el general chino, victorioso de los holandeses— al frente de una potente armada. Todavía en el siglo XVII, en 1686, tuvo lugar la ejecución de un tal Tingco y de varios seguidores, que se alzaron contra el poder español, aunque de hecho no tuvieron apoyo popular, y fueron fácilmente capturados. Otra nueva tuvo lugar en 1762, a consecuencia de la invasión inglesa de Manila, que dividió a la población tanto filipina como incluso española, y por tanto también a la china. La última en 1819, y, a diferencia de las de 1662 y 1686 que fueron causadas por la situación política en la propia China, ésta fue motivada por las leyes discriminatorias españolas, que obligaron a los chinos a salir de Filipinas, quedando reducidos a 5.000. Sobre este tema puede consultarse: Alfonso Félix (coordinador), *The Chinese in the Philippines*, Historical Conservation Society, Manila, 1966.

do un grupo de 250 chinos fue forzado a remar en la expedición que el Gobernador General de las Filipinas, Gómez Dasmariñas, había levantado para la conquista de las Molucas. Al poco de zarpar, los chinos de la nave capitana se amotinaron y asesinaron a dicho gobernador, haciéndose con el barco. Semanas después, el hijo de éste, Luis Pérez Dasmariñas, que estaba en Cebú, quiso vengar la muerte de su padre en la cabeza de los auténticos responsables, para lo cual pidió la colaboración de las autoridades chinas de Fujian mediante embajadas, que fueron bien atendidas.

El segundo episodio se sitúa, diez años después, en la primavera de 1603, en que tiene lugar la llegada a Manila de "tres mandarines" con una extraña misión: el reconocimiento de una montaña llena de oro, y poblada de árboles que producen oro. Los españoles en Filipinas, acostumbrados ya a intermitentes amenazas de conquista de las islas, especialmente, por parte de los japoneses, consideran sospechosa dicha visita, y llegan a la conclusión de que tal vez son la avanzadilla exploratoria de una conquista posterior en Manila por parte de los chinos, que en ese momento son casi diez veces más numerosos que los españoles.

El tercer momento de la secuencia —el propio de la masacre— corresponde al otoño de ese mismo año en que tiene lugar un levantamiento de sangleyes, por motivos confusos, que iban desde el interés por sustituir en Manila la hegemonía española por la china, o bien el anticiparse a lo que las provocaciones españolas parecían conducir: la eliminación de los chinos. Tras unos primeros días de incertidumbre en saber del lado de quién iba a estar la victoria, la rebelión es aplastada por los españoles, quienes en compañía de filipinos y japoneses masacran a unos 20.000 chinos.

Por último, un epílogo más o menos común, también es señalado por ambas fuentes: tras unas primeras acciones de conciliación por parte de los españoles y reacciones de indignación por parte china, se llega a un nuevo compromiso por ambas partes, y el fragor de lo ocurrido se desvanece fácilmente como si nada hubiera pasado, volviéndose a la situación de comercio y relaciones anteriores, permitiendo que nuevamente los chinos se instalen en Manila, aunque ahora, eso sí, quizás exista un cierto recelo en ambas partes por la experiencia anterior.

Hasta ahora dicha masacre —en lo que puedo conocer— no sólo ha sido poco estudiada, si no que en la investigación ha predominado el uso exclusivo o bien de las fuentes españolas (especialmente las traducidas en el Blair & Robertson) o de las chinas (mucho más limitadas), no habiéndose nunca comparado toda la documentación existente en ambas partes, especialmente rica para el caso español. Lo que ahora me propongo es el tratar de sumar a las ya conocidas fuentes españolas sobre esta masacre la información que aportan las fuentes chinas, para buscar un contraste que nos permita conocer mejor tanto

las causas próximas y remotas como las consecuencias de la tragedia de 1603, e insertar el proceso dentro de la política interna del emperador Wang Li.

### **Las fuentes**

Las fuentes españolas manuscritas que documentan la masacre se encuentran en su totalidad en el Archivo General de Indias y fueron publicadas casi completamente en el "Colin & Pastells", es decir, la reedición de la obra de Colin, hecha por Pastells en 1900<sup>2</sup>. Algunas de ellas fueron reproducidas inmediatamente después, y traducidas al inglés, en el Blair & Robertson<sup>3</sup>, así como nuevamente por Pastells en su obra conjunta con Navas<sup>4</sup>. Las podemos diferenciar en dos tipos, las que aparecen producidas durante los hechos (ofreciendo un *flash* de la situación del momento), o poco después de estos (intentando dar una visión global de lo ocurrido). Hay un segundo tipo de fuentes españolas, las que se insertan dentro de libros casi contemporáneos a los hechos, y que sitúan el incidente dentro de una historia global, bien de Filipinas, para el libro de Morga<sup>5</sup>, o bien de la conquista de las Malucas, para el libro de Argensola<sup>6</sup>. Entre las primeras cabe citar principalmente las cartas e informes al rey de los funcionarios de la Audiencia Real de Manila, así como las de los superiores de las diversas órdenes religiosas. Estos documentos tratan de dar puntos de vista personales, y, aunque puedan ser rivales entre sí, no suelen ser contradictorios sino más bien complementarios. Naturalmente todos deploran la masacre, aunque como medida la puedan encontrar justificada (quizás, exagerada en su ejecución); y, a su vez, difieren principalmente en analizar las medidas que no la evitaron, o en las acciones que indirectamente la provocaron. Por su parte el

---

<sup>2</sup> COLÍN, Francisco S.J. *Labor evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús, fundación y progresos de su provincia en las Islas Filipinas. Nueva edición ilustrada con copia de notas y documentos para la crítica ... por el P. Pablo Pastells, S.J.*, Tomo II, Barcelona, Imprenta y Litografía de Henrich y Cía, 1900, pp. 418-441. (Existen tres tomos de esta obra en la Biblioteca Nacional de Taiwán, sección de Ba De Lu). En adelante citaremos este libro como Colin & Pastells.

<sup>3</sup> BLAIR & ROBERTSON, *The Philippine Islands* (vol. XII, pp. 83-97).

<sup>4</sup> PASTELLS, Pablo & NAVAS, Francisco. *Catálogo de los documentos relativos a las Islas Filipinas* (vol. 5, Barcelona, 1929, pp. LXXVI-CVIII).

<sup>5</sup> MORGA, Antonio. *Sucesos de las Islas Filipinas*, México, 1609. Aquí hemos utilizado la versión anotada por José Rizal, y reimpresa a offset por la Comisión Nacional del Centenario de José Rizal, Manila, 1961.

<sup>6</sup> ARGENSOLA, Bartolomé Leonardo. *Conquista de las Islas Malucas*, Zaragoza. Imprenta del Hospicio Provincial, 1891.

libro de Argensola intenta aunar todas las informaciones que habían llegado a la corte en los años inmediatamente posteriores a la masacre (su obra se publica en Madrid, seis años después de los acontecimientos), así como los informes personales de protagonistas de los hechos. Posiblemente, Argensola habría tenido al agustino Fray Diego de Guevara como principal informador, ya que al poco de acabar los sucesos se trasladó a Madrid, para asuntos de su orden. La obra del doctor Morga, testigo de los sucesos, trata estos de modo más breve, y simplifica los tópicos y conclusiones que se habrían ido forjando y definiendo en Manila inmediatamente después del alzamiento sangley (Morga abandona Manila en 1606, publicando su obra en México). Hay que tener también en cuenta que —como últimamente se ha puesto de manifiesto— Morga concibe su obra principalmente con fines justificativos personales, como, por ejemplo, su actuación cuando el hundimiento del galeón San Diego (1600)<sup>7</sup>.

Por su parte las fuentes chinas son todas ellas oficiales, y por tanto anónimas, más parcas que las españolas, y parecen menos autojustificativas que éstas, aunque no están exentas de apoyar uno u otro partidismo de la política interna china<sup>8</sup>. Suelen reconocer las provocaciones realizadas por súbditos chinos en el extranjero, pero no aceptan que sean juzgados por no chinos. A veces ponen en boca de un funcionario de Fujian, a quien citan, determinadas acciones o palabras, pero en general se presentan como parte de un conocimiento nacido de investigaciones oficiales y transmitido también oficialmente. Al ser sucesos que ocurren fuera de China es difícil a los oficiales imperiales verificarlos, y por ello ofrecen explicaciones breves y distantes. No obstante, la masacre de 1603 tiene lugar en un momento de estabilidad de la dinastía Ming, con lo cual la capacidad de conocimiento y anotación de lo que ocurre en el exterior es mucho mayor que cuando —por ejemplo— las masacres de 1639, en vísperas de la desaparición de la Dinastía Ming, o la de 1662, en donde la masacre estuvo más asociada a la resistencia Ming —recluida en Taiwan, con

---

<sup>7</sup> Véase al respecto Frank Goddio, "El comienzo de una aventura", en *El San Diego. Un tesoro bajo el mar*; CEPESA, Madrid, 1995, pp. 38-79.

<sup>8</sup> Entre las fuentes que hemos utilizado se encuentran: *Ming Shi* ("Historia de la Dinastía Ming"), Ed. Ding Wen, Taipei, 1975, vol. 11 (pp. 8370-8373); *Ming Shi Lu* ("Verdadera Historia de la Dinastía Ming"), edición preparada por la Academia Sínica, Ed. Zhongwen, vols. 12 y 13, Taipei, 1961 (pp. 12090, 123030, 12371); *Dong Xi Yang Kao* ("Investigaciones de los Océanos Orientales y Occidentales"), Ed. Taiwan Shang Wu, Taipei, 1971 (pp. 57-60); *Ming Ching Shi Wen Bien* ("Antología de Textos de Gobierno de la Dinastía Ming"), vol. 6, Ed. Zhunghua, Beijing, 1962 (pp. 4727-4728); *Huang Ming Xiang Xu Lu*; *Guo Que* ("Crónicas de naciones"), Ed. Ding Wen, Taipei, 1978, vol. 8 (pág. 4917). Agradezco al prof. Zhang Kai su colaboración en la identificación de estas fuentes, y a Miguel Lin Li-pin por su ayuda en la traducción.

un Koxinga a las puertas de la muerte<sup>9</sup>— que al nuevo poder en China, el de los manchúes, que estaba todavía asentándose en China.

### **El incidente del 25 de octubre de 1593**

Veamos, en pocas palabras, cómo nos lo cuenta Argensola en el capítulo sexto de su libro<sup>10</sup>. Señala que el Gobernador Gómez Pérez Dasmariñas preparó cuatro galeras para ir hacia las Malucas, pero se encontró con dificultades para proveerlas de soldados. Cuando ya sólo quedaba la capitana para completar “ordenó que de los chinos que venían a Filipinas para la contratación se sacasen 250 para armar la capitana, a los cuales se les pagase de la Hacienda Real dos pesos cada mes a cada uno de ellos ... y que sólo habrían de bogar en las calmas, si las hubiere”. El Gobernador coaccionó al gobernador de los chinos para que consiguiera los 250 hombres, y al final estos salieron a la fuerza y a desgana. Por fin el 17 de octubre salía la armada camino de Ternate, pero —dadas las condiciones del tiempo— nada más salir la capitana se separó un poco, y hubo de echar mano de los remeros chinos, que poco acostumbrados a ello y espoleados por unos capataces bruscos y amenazantes, decidieron rebelarse el 25 de octubre, pues de morir preferían hacerlo en el intento de hacerse con el barco que no remando para los españoles. Por la noche se alzaron y en poco tiempo mataron al Gobernador y a la mayor parte de los 80 españoles que allí iban.

Las malas condiciones del tiempo permanecían, por lo que sólo pudieron ir hasta Ilocos, en donde fueron asaltados por los naturales. Luego abandonaron a algunos españoles que hallaron vivos en el barco, como Juan de Cuéllar, el secretario del Gobernador, y el padre franciscano Montilla, los cuales pudieron llegar a la costa. Después quisieron pasar a China, pero a donde llegaron fue al actual Vietnam, en donde “el rey de Tunquin les tomó lo que llevaban ... y dejó perder la galera en la costa, y los chinos se dispersaron huyendo por diversas provincias”<sup>11</sup>. Los españoles que sobrevivieron comunicaron la noticia a Manila. El resto de la armada que estaba en Cebú al mando del hijo del Gobernador, Luis Pérez Dasmariñas, volvió a Manila, nombrándosele a éste gobernador interino.

---

<sup>9</sup> Con respecto a esta masacre y los problemas de interpretación creados al consultar y comparar fuentes chinas y españolas, véase mi comunicación en las Actas del IV Congreso de la AHA (Seúl, 1996): “*Consideraciones en torno a la imagen de Koxinga vertida por Ricci en Occidente*”. Una versión más completa ha aparecido en *Encuentros en Catay*, n° 10, 1996.

<sup>10</sup> De hecho, ARGENSOLA y MORGÁ presentan entre sí algunas discrepancias, pero son más de detalle que de argumento.

<sup>11</sup> ARGENSOLA, *Conquista de las...*, pág. 210.

Curiosamente, poco después, en 1594, tiene lugar otro suceso extraño, que visto retrospectivamente podría parecer como un “ensayo” de lo que ocurrirá después. En este año fue cuando —por lo anterior dicho— los chinos suponían que la armada estaría en las Molucas, por lo que (dice Argensola, en su libro sexto),

“se presentó en Manila un gran número de navíos de China, cargados de gente y armas, sin traer mercaderías ningunas como lo acostumbraban. Trajeron los navíos siete mandarines de los mayores Virreyes o Gobernadores de sus provincias ... y fueron a visitar a Don Luis con grande aparato y acompañamiento de los suyos ... diciéndole que iban a buscar a los chinos que se hallaban vagando por aquellas tierras sin su licencia”<sup>12</sup>.

Dasmariñas les recibió y obsequió con una cadena de oro a cada uno, pero al final llegó a la conclusión de que habían venido a conquistar o saquear Manila, pero por hallar en ella la armada no lo hicieron. Argensola añade que, dado que los chinos que mataron a su padre eran de Quan Chou, Dasmariñas envió después allí a un primo suyo, Fernando de Castro, a dar cuenta de lo sucedido en el motín contra Gómez Pérez Dasmariñas, pero el viaje quedó interrumpido por el mal tiempo. Es interesante mencionar que ni Argensola ni Morga señalan que Dasmariñas aprovechara la ocasión para hablar del asunto con los mandarines (como al parecer sí se deduce de las fuentes chinas, como ahora veremos).

Por ejemplo, el *Dong Xi Yang Gao* es mucho más completo a este respecto, ya que indica que Luis Dasmariñas (denominado allí Maulin), inmediatamente después que hubo sustituido a su padre, envió unos sacerdotes a Macao para informar al gobierno chino del levantamiento, los cuales fueron portadores de una carta (que se conserva traducida en las fuentes chinas); y, añade que, a continuación los magistrados de Fujian despacharon barcos mercantes para repatriar a aquellos chinos que habían estado en Luzón por un periodo de tiempo excesivamente largo (lo cual coincide con lo que explicaron los mandarines a Luis Dasmariñas, según Argensola). La crónica china continúa: “El gobernador de Luzón les proveyó [a estos barcos] de comida y también les entregó una carta (para el gobierno chino) y les dio un mensaje oral en donde mostraba sus quejas por la actuación de los chinos en contra del Gobernador —su padre— asesinado. También les entregó un edicto, sellado en una caja de oro, que junto con la carta anterior fueron envueltos en seda roja y enviados a China con un barco mercante”<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> *Idem*, pág. 212.

<sup>13</sup> El *Dong Xi Yang Kao* presenta a continuación la traducción china de la carta que Dasmariñas entregó a los mandarines, en donde se vuelven a explicar todos los hechos, con la única salvedad de que al explicar el motivo del alzamiento lo basa más en la codicia de los chinos (el barco iba cargado con abundante oro y plata) que en los malos tratos que los capataces del barco habían dado a los chinos, como hubiera señalado Argensola.

### **La llegada de los “tres mandarines” a Manila (mayo de 1603)**

Decíamos que el incidente que acabamos de narrar parece desconectado de éste que tiene lugar 9 años más tarde, pero su paralelismo es grande como veremos. Los sucesos concernientes a esta nueva llegada de mandarines están bien documentados en las fuentes españolas. Hay tres tipos de informaciones todas ellas complementarias. Las de los oficiales reales, es decir tanto las del Gobernador, Pedro de Acuña, como de los oidores de la Audiencia, Jerónimo de Salazar y Téllez de Almazán, que se muestran hostiles y recelosos con Gobernador. Las fuentes de los eclesiásticos, y, en tercer lugar, la información que los propios chinos dan de sí, y que ofrecen a consideración de las autoridades españolas. En particular, una carta escrita cuatro días antes en el mar por Chanchian, el jefe de la expedición china, y que es entregada al Gobernador, que la manda traducir enseguida; así como dos documentos más, correspondientes a sendas “peticiones de chinos al emperador chino” que acabaron en manos del Arzobispo Benavides, y que, convenientemente traducidos por éste, envió al Rey con una carta propia en donde —“enriquecida” tras sus propias pesquisas— hacía un análisis muy completo de la situación<sup>14</sup>. Aunque en realidad, no sabemos si Benavides las hizo públicas, o no, y por tanto si deben considerarse como parte de la información que tenían entonces los españoles.

Intentando ahora complementar todas las informaciones que tenían en sus manos los oficiales españoles, más las de Argensola y Morga escritas posteriormente, el incidente de los tres mandarines se podría secuenciar del siguiente modo.

El día 23 de mayo (viernes), y tras varios meses de espera de naves chinas, llegan por fin 14 barcos de China, desembarcando en uno de ellos tres mandarines que ostentan una insignia de jueces. A continuación se presentaron al Gobernador —con gran pompa y un cortejo de unas 50 personas— al cual le entregaron una carta escrita cuatro días antes en alta mar. En dicha carta, que

---

<sup>14</sup> No queda claro cómo obtuvo Benavides los dos documentos, y si los dio a conocer al Gobernador, o no. El primero es parecido en estructura a la carta que el gobernador recibió de los mandarines y cuya traducción envió al Rey, pero mucho más extenso y detallado; por tanto, dicho documento tal vez sea una versión diferente de la carta, hecha de memoria (ya que posiblemente asistió a la traducción oral de la misma) y completada a posteriori con sus propias investigaciones, pues, al final de la carta decía: “yo soy hombre que sabe la lengua de estos chinos y se mucho de sus cosas y costumbres de china por haver estado muchos meses en ella y hizelo también porque se tomase este negocio con recelo y cuidado que puede haver consejeros que aconsejen mal en ello por no entenderlo” (Colin & Pastells, II, pág. 415). El segundo documento —diferente a la carta— es una reconvencción al emperador por uno de sus oficiales. Los mandarines la presentaron al Gobernador con el propósito de dar más credibilidad a su propia carta. Dado que no parece fuera tenido en cuenta entonces por los españoles (quizás porque no entendían el alcance del asunto), no lo trataremos ahora, pero sí volveremos a él al final de nuestro estudio, por su valor aclaratorio.

firmaba Chanchian, jefe de la milicia de Fujian, se presentaban y explicaban el motivo de su viaje: verificar si había en Cavite una fabulosa montaña que anualmente producía 100.000 taeles de oro y 300.000 de plata, y a la que todo el mundo podía ir a excavar, y de la que los chinos llevaban a su reino gran cantidad de ese metal. Chanchian señalaba además que con él venía tanto una persona que había declarado al emperador la existencia de dicha montaña, y que se llamaba Tio Heng, como un eunuco llamado Cochay, enviado directamente por el emperador para investigar este asunto. Además de Cochay, el jefe inmediato de Chanchian, venía algún otro mandarín<sup>15</sup>. Chanchian añadía que él personalmente no creía en la existencia de dicha montaña, y que suponía que todo era una mentira, pero que su obligación era venir a investigar este asunto. En resumen, venía a cumplir un enojoso deber y por ello el Gobernador no tenía nada de qué temer. Después el Gobernador les aposentó en casas especiales dentro de la ciudad. El hecho de que llevaran insignias de jueces y el gobernador lo consentiera es lo que más enojaba a los miembros de la Audiencia.

Entre los días 24 a 26 de mayo (sábado a lunes), los mandarines empezaron a administrar justicia entre los propios chinos. Mientras tanto Salazar, el fiscal de la Audiencia, llevó a cabo sus investigaciones. En alguno de estos días, y con permiso del Gobernador, los mandarines trasladaron su cortejo a Tondo en donde estaban los sangleyes cristianos.

El día 27 de mayo (martes), Salazar presentó un informe en una sesión pública de la Audiencia, que fue aprobado, y con él se dirigió al Gobernador para solicitarle se detuviera la actuación de los mandarines y pudiera seguir procediendo con las investigaciones de quiénes eran y a qué venían. La fricción entre la Audiencia y el Gobernador crecía. Es más, los oidores de la Audiencia se quejaban de haber estado siempre marginados en todo este asunto.

En los días siguientes, la Audiencia ya no prosiguió con sus acciones, ya que a resultas de su presión el Gobernador había publicado un edicto prohibiendo a los mandarines la administración de justicia, y el pasearse ostentando la insignia de jueces. La víspera de marcharse hicieron el viaje a Cavite a inspeccionar la montaña, acompañados de un alférez llamado Cervantes, así como del gobernador delegado de los sangleyes, el chino Juan Bautista de Vera<sup>16</sup>, que

---

<sup>15</sup> Nótese que la grafía de los nombres corresponde al modo libre de transcribir que tendría el traductor español de la pronunciación fujianesa de los nombres (la traducción del documento que aparece en el Blair & Robertson, vol. XII, pp. 83-97, señala en el encabezamiento que fue hecha por un dominico). Como luego se verá la correspondencia en mandarín es la siguiente: Chanchian parece corresponder a Gan Yi-chen, Tio Heng a Zhang Yi y Cochay a Gao Tsai.

<sup>16</sup> Este era un chino que había llegado a Manila en la época del pirata Limahon, a quien había servido, y que ahora ocupaba el cargo de gobernador de los sangleyes "hallándose respetado por los españoles y amado por los sangleyes" (Argensola, *Conquista de las...* pág. 230). También era conocido por los nombres de "Eng Kang" (Rizal), "Encán" (Argensola) o "Encang" (Téllez de Almazán).



al parecer siempre se había hallado presente en todos los actos. Allí, al no poder dar Tio Heng explicaciones satisfactorias de en donde estaba la montaña de oro, los españoles hicieron además de querer matarle, pero los mandarines consiguieron el perdón. Las sospechas de los españoles iban en aumento. El día de su marcha, los mandarines fueron recibidos y agasajados por el Gobernador con algunos regalos. Este les despidió y ellos se disculparon por la confusión que habían creado y se volvieron a China.

Pasemos ahora a ver qué dicen las fuentes chinas con la principal finalidad, de momento, de conocer mejor la identidad de los mandarines y de su séquito, así como de sus intenciones. Intentando aunar todas las diversas informaciones podemos llegar a la conclusión de que el mandarín que habló en nombre de los demás era Gan Yi-chen (Chanchian en la carta), el cual tenía el título de "centurión", y posiblemente era el jefe de la milicia de Fujian. El segundo mandarín (no mencionado en la carta) era Wang Shi-ho, que era el magistrado del distrito Hai Cheng, lugar de donde provenían muchos de los emigrantes chinos que llegaban a Manila. El tercer mandarín debe corresponder al eunuco Gao Tsai (el que aparecía mencionado en la carta como Cochai). Junto a esto tres dignatarios iban dos personas más Zhang Yi (Tio Heng en la carta) y Yang Ying-long, que eran los que habían ido a entrevistarse a Beijing con el emperador, y le habían hablado de la presencia de la montaña de oro. Yang Ying-long, a su vez, era otro centurión al que le acusan las fuentes chinas de colaborar con Zhang Yi (que tal vez habría usado de su posición para conseguir la entrevista y ganar el favor del emperador). En efecto, el emperador permitió dicha expedición a Luzón a pesar de que varios cortesanos se habían opuesto a ello, por considerar ridícula la propuesta y que sólo traería problemas. Ciertamente, hasta aquí la información que los mandarines ofrecen en su carta parece bastante coherente con su actitud en el problema, según nos cuentan las fuentes chinas (que a su vez escritas debieron ser escritas por los propios mandarines).

La lectura de las fuentes chinas indican además que también los dos magistrados Gan Yi-chen y Wang Shi-ho eran del mismo parecer que los cortesanos, oponiéndose a la expedición. De hecho, una vez acabada la embajada, este último mandarín se sintió tan mal al volver a Fujian, que murió poco después. Por su parte otros magistrados informaron al emperador de la conducta de Zhang Yi (Tio Heng), señalando que debía ser castigado por haber tratado de engañar al gobierno imperial, y hacerle jugar un papel ridículo más allá de las fronteras. El papel de Gao Tsai es más difícil de interpretar, pues en unas fuentes aparece como el superintendente de la expedición exploratoria enviado desde Beijing, y en otras como que ya estaba de intendente de impuestos en Fujian aprovechándose en beneficio propio del comercio marítimo chino. El *Ming She Lu* da una versión de la conducta de estos tres últimos personajes: "El diabólico

fujianés Zhang Yi, forjando intenciones malignas, propuso explotar una mina de oro en Luzón, pero, en realidad, lo que buscaba era cooperar con los eunucos y provocar a los bárbaros. Yang Ying-long es su colaborador... de hecho, a Zhang Yi ciertamente se le cortó la cabeza... y fue mostrada por las provincias costeras, para prevenir a otra gente como él<sup>17</sup>.

Por último, vale la pena señalar que las fuentes chinas coinciden con las españolas en señalar que todo este viaje habría sido la causa próxima de las sospechas españolas y posterior masacre, que tuvo lugar 4 meses después. Pero, la cuestión a intentar tratar de resolver (aunque por ahora siga irresoluble) es si realmente la embajada había sido, o no, una avanzadilla que venía a estudiar las posibilidades de invasión de Manila, bien en forma pirática u organizada. De momento, los españoles no podían saberlo, aunque un exceso de suspicacias, podría convertirse en una situación insostenible, que acabase fuera de control. Precisamente, eso fue lo que ocurrió.

### La masacre de 1603

#### La preparación

El Gobernador Pedro de Acuña, tomó partido por la sospecha. De hecho, una vez que la masacre de que la vamos a hablar hubo acabado, el Gobernador escribió un memorial al rey el 18 de diciembre de 1603, en donde explicaba retrospectivamente su actuación durante la masacre. Empezaba señalando que la llegada de los mandarines le había hecho sospechar de una posible invasión china, por lo que su actuación, fue de tipo preventivo y defensivo, limitándose a lo siguiente: 1.- demolió algunas de las casas del Parián colindantes con la muralla de la ciudad, para crear un espacio libre, a la vez que reparó algunos de los desperfectos de la muralla, 2.- pidió a los alcaldes mayores del distrito y magistrados del Parián que enviasen una relación de los inmigrantes que había bajo su jurisdicción, las armas que poseían y si eran gente de confianza, o no; lo cual fue cumplimentado, 3.- realizó visitas de inspección, especialmente a los artesanos (herreros, etc.) con finalidades tanto rutinarias, como para pedirles que hiciesen flechas, arcos, picas, etc, para los almacenes reales. A la vez ordenó que éstas debían ser recogidas y transportadas en su totalidad, 4.- almacenó provisiones para el caso de un posible sitio, 5.- contrató con los sangleyes la construcción de un canal, con la finalidad de crear un foso defensivo de la ciudad para un momento dado.

---

<sup>17</sup> MSL, capítulo 404 (Vol. XII, pág. 12090).

A su vez, Acuña señala una distinción que también mencionan otras fuentes españolas: la diferencia entre los chinos mercantes, establecidos desde hace años en el Parián, y los últimos chinos que han ido llegando, vagabundos, gente inquieta, que no tiene nada que perder, y que por su pasada vida criminal en China, tampoco podrían volver a su país de origen<sup>18</sup>. Sobre estos chinos, Acuña carga la responsabilidad de los hechos posteriores, ya que fueron ellos quienes consideraron sus preparativos como pretexto, para poner de su lado a los mercaderes y la “gente tranquila”, persuadiéndoles de que las medidas que se estaban tomando eran para asesinar a los chinos<sup>19</sup>.

Por su parte las fuentes chinas también se hacen eco de algunos de los movimientos de Acuña, pero presentándolos bajo un punto de vista ofensivo, a la vez que añaden algunos matices algo diferentes, y conectados con lo que les afectaba más directamente a ellos. Por ejemplo, en el *Huang Ming Xiang Hsü Lu* se señala que los españoles se venían preparando con anticipación para la masacre, ya que “empezaron a comprar a los chinos todos los objetos de hierro que poseían, y los chinos al ver que era una ocasión ideal para obtener beneficios, vendieron a los españoles todo el hierro que encontraron”<sup>20</sup> (punto 3 de Acuña). Esa misma idea se encuentra recogida en el *Ming Shi*, a la vez que se añade que “los chinos fueron obligados a registrar sus nombres y dividirse en grupos de 300 personas”<sup>21</sup> (punto 2 de Acuña).

El inicio: ¿rebelión sangley o pogrom chino?

Otro asunto interesante a considerar es el de quién fue el primero que tuvo la iniciativa. Las fuentes españolas (Morga, Argensola, Acuña, etc.) son tajantes: los chinos se rebelaron. Benavides, el arzobispo de Manila señalaba en una carta al rey que “la multitud de los chinos era tan grande, y entre ellos había gente baja y viciosa que hicieron circular el rumor (absolutamente falso, aunque no para ellos) de que los españoles iban a matarlos a todos, por ello provocaron una revuelta en la noche de la víspera de San Francisco. Se armaron y ese día mataron a un centenar españoles que fueron en su busca, como Don Luis Pérez de Dasmariñas”<sup>22</sup>. El 18 de diciembre, cuando ya todo había acabado, el Gobernador Pedro de Acuña indicaba al rey que “a tenor de las investigaciones que se habían hecho ... y en cuanto a lo que algunos implicados han

---

<sup>18</sup> Para una mayor diferenciación de los grupos chinos, puede verse Edgar Wickberg, *The Chinese in Philippine Life, 1850-1898*, Yale University Press, 1965, pp. 6-11.

<sup>19</sup> Blair & Robertson, vol. XII, pág. 154.

<sup>20</sup> *HMXHL*, capítulo 5: Luzón.

<sup>21</sup> *MS*, capítulo 323 (pág. 8372).

<sup>22</sup> BLAIR & ROBERTSON, vol. XII, pág. 143.

declarado, se sobreentiende que el levantamiento ha sido instigado desde China, y que había sido preparado con los tres mandarines que habían estado aquí, o con algunos de ellos”<sup>23</sup>.

Según las fuentes españolas (ya que las chinas no mencionan nada al respecto), los chinos también se habían venido preparando. Así Juan Bautista de Vera (el chino que había actuado como guía de los tres mandarines) había venido construyendo una zona más o menos fortificada, a media legua de Tondo (denominada por Argensola “el ingenio del azúcar”), en donde venía almacenando algunos víveres y armas.

#### El desarrollo

Con respecto a la lucha entre los dos bandos, ésta se conoce bien ya que fue lo que más interesó relatar a los españoles. En síntesis (y siguiendo ahora principalmente a Morga) podemos secuenciarla del siguiente modo:

Noche del 3 de octubre (viernes): El levantamiento estaba programado para el último día de noviembre, pero, viendo los sangleyes que se iba a descubrir, lo anticiparon al día 3 de octubre, en donde empezaron a reunirse en el “fuerte” de Tondo desde las once de la noche de ese día, llegando a los 2.000 hombres (o “según un sangley al que se le dio tormento, el número de los reunidos era de cuarenta capitanes de a ciento cincuenta hombres”). Esa noche, el chino Juan Bautista de Vera fue a ver al Gobernador para informarle de lo que sucedía, y éste al juzgar que Vera actuaba con doblez, lo apresó. Por eso, al no estar Vera presente entre los chinos, estos eligieron al sangley cristiano Juan Untae<sup>24</sup>, ahijado de Vera, como cabeza del movimiento. Esa misma noche Luis Dasmariñas se fortificó en el monasterio de Binondo con un reducido grupo de soldados. Los chinos pasaron a la acción, quemaron algunas casas y se volvieron al “fuerte”.

Mañana del día 4 de octubre (sábado): Los españoles piden a los sangleyes del Parián (es decir, los más antiguos, pacíficos e identificados con los españoles, y algunos de ellos cristianos) que entren en la ciudad, pero no se atrevieron a ello por no saber al final la suerte del lado de quién caería, por lo que decidieron seguir en el Parián. Dasmariñas sale de Binondo y se dirige a Tondo, para fortificarse en la iglesia con 140 arcabuceros, pero en ese momento llegan 1.500 chinos. Hay una lucha por posesionarse de la iglesia. Mueren 500 chinos por lo que el resto se retira al “fuerte”. Dasmariñas les persigue, pero peca en el intento. El desconcierto cunde entre los españoles.

<sup>23</sup> *Idem*, vol. XII, pág. 155.

<sup>24</sup> “General sangley Hontay” (Argensola), o “Juan Ontal” (Téllez de Almazán).

Día 5 de octubre (domingo): Los chinos al ver que Vera no viene, matan a Untae, y amenazan a los del Parián, diciéndoles que han de unirse a ellos, a la vez que se dirigen a la ciudad, asolando lo que encuentran a su paso. En la ciudad se les ofrece una dura resistencia, y pierden muchos hombres. Por la noche se retiran al Parián y a Dilao. El Parián también ha continuado siendo objeto de la presión española para que se ponga de su lado. Algunos de estos chinos no pueden resistir la presión psicológica y se ahorcan, entre ellos un familiar de Vera. Ambas partes se preparan para un segundo asalto a la ciudad de Manila.

Día 6 de octubre (lunes): Nuevo asalto y nueva resistencia. Un español, con ayuda de un cuerpo de japoneses hace una salida infructífera. Inesperadamente llega la armada de Pintados, entra por el río y cañonea las posiciones chinas. Los chinos, que ya han perdido 4.000 hombres, huyen de la ciudad, piden ayuda a China, y se dividen en tres grupos para internarse tierra adentro. Un grupo va a "los Tingues del Pasig, el otro fue a Ayonbon, y el tercero, que era el más numeroso, sale camino de la laguna de Bay, montes de San Pablo y Batangas"<sup>25</sup>.

Día 8 de octubre (miércoles) y siguientes: el sitio a la ciudad ha sido completamente abandonado por los chinos. Los españoles los persiguen. Al parecer, los dos primeros grupos son fácilmente aniquilados, pues no se habla más de ellos. El tercer grupo, hambriento y desarmado, devasta lo que encuentra a su paso, y Luis de Velasco les sigue con 70 hombres pisándoles los talones, y matando cada día a mucha gente. Al final, Velasco muere a manos de los chinos, y éstos se fortifican en San Pablo. Argensola añade que los nativos filipinos, en vez de tomar partido por los chinos, colaboraron en la matanza de éstos.

Día 20 de octubre: se forma un nuevo destacamento en Manila, a base de españoles, japoneses, y 1.500 indios pampangos y tagalos, que poco después acabó con todos los chinos fortificados tanto en San Pablo, como en Batangas. La rebelión se considera sofocada. Día 22 de octubre: Juan de Vera es ajusticiado. Otros chinos corren la misma suerte a lo largo de los días siguientes. Sólo 300 son perdonados, pero fueron enviados a galeras, o a la reparación de la muralla. Hasta aquí las informaciones españolas.

Por su parte, las fuentes chinas son mucho más parcas a la hora de dar los detalles de las operaciones, quizás por los pocos chinos que sobrevivieron, resultando además difícil establecer un claro paralelismo entre ambas narraciones, ya que citan acciones no mencionadas en las fuentes españolas, habiendo discrepancias notorias. El *Ming Shi* señala que los chinos cuando descu-

---

<sup>25</sup> Otros documentos solo hablan de un grupo, el que fue hasta San Pablo del Monte, del cual se separó una sección que continuó hasta Batangas.

brieron el plan de los españoles para masacrarlos, “se retiraron al Tsai Yuen (que podría ser traducido como “la plantación”, y que debe referirse al estratégico “fuerte” construido por Juan Bautista de Vera, y denominado por Argensola el “ingenio de azúcar”<sup>26</sup>). Entonces el *jefe* de los españoles desplegó soldados para seguirles (podría referirse bien a las acciones de Luis Dasmariñas, o a la llegada de la armada de Pintados). Los chinos no tenían armas. Muchos murieron, y los sobrevivientes escaparon a la montaña Talun<sup>27</sup>. Los españoles atacaron la montaña, pero los chinos se defendieron desesperadamente. Los españoles sufrieron una derrota momentánea, por lo que el *jefe* (¿el capitán de la expedición, el Gobernador?) se arrepintió de ello y les hizo propuestas para negociar la paz. Los chinos pensaron que ello era una treta, por lo que mataron a los mensajeros. El “jefe” estaba exasperado. Levantó el sitio de la montaña y se retiró a la población próxima, a la vez que estableció emboscadas en los alrededores. Los chinos estaban hambrientos, con lo cual descendieron de la montaña y atacaron la población<sup>28</sup>, pero entonces fueron emboscados, y 25.000 chinos perecieron en la masacre<sup>29</sup>. El *Dong Xi Yang Kao*, ofrece otro desenlace del momento final de la masacre con ciertos tonos supersticiosos y apocalípticos. Dice que cuando los chinos bajaron del monte Talun, atacaron la población y se encontraron con la emboscada, siendo masacrados 10.000 de ellos, y otros que huyeron a los valles murieron allí de hambre, y añade:

“Cuando estaban en la montaña Talun hubo una fuerte lluvia, y mientras estaban bajo ella vieron en el cielo a medianoche algo que brillaba en el cielo, también hubo un terremoto, y los chinos empezaron a tener miedo de manera que muchos se mataban entre ellos por error. Los españoles aprovecharon la situación y mataron a muchos. El mismo mes hubo también una inundación en Chang Chou, en la que más de 10.000 familias murieron ahogadas”<sup>30</sup>.

---

<sup>26</sup> En una nota a la traducción que de este texto hace Fr. Matthew Chen, O.P., *The Ming records of Luzon*, en “The Chinese in the Philippines” Historical Conservation Society, Manila, 1966, pág. 250, se señala que este lugar corresponde en la actualidad a San Miguel, por tanto cerca de Manila.

<sup>27</sup> *Ibid.*, MATTEW CHEN —que no parece conocer las fuentes españolas— señala en otra nota que este lugar estaba cerca de Makati. De ser cierto, el resto de la narración posiblemente cuente las vicisitudes del primero o segundo de los tres grupos de chinos huidos (ya que de cuya suerte no tenemos noticias españolas), lo cual parece poco probable. Además resulta extraña esta identificación ya que cerca de Makati no hay ningún monte. Pienso que el monte Talun citado por la fuentes chinas podría ser el Mont Banahaw, a espaldas de San Pablo.

<sup>28</sup> MATTEW CHEN parece dar por supuesto que esta población es Manila mismo. Tampoco ello parece claro. A tenor de lo dicho, debería ser San Pablo. Quizás estos detalles que cuentan los chinos de la emboscada habrían resultado irrelevantes para los españoles, que no los mencionan.

<sup>29</sup> *MS*, capítulo 323 (pág. 8373).

<sup>30</sup> *DXYK*, capítulo 5: Luzón (pág. 59).

## **La bajamar de la masacre**

Tras la masacre, los españoles llevaron a cabo tres acciones, por un lugar el intento de clarificar si el levantamiento había sido hecho, o no, en connivencia con China y en conexión con la llegada de los tres mandarines. Varios testimonios aportados por el Gobernador parecen indicar eso, pero su validez es dudosa ya que fueron obtenidos por tormento. Los oficiales reales, así como, por ejemplo, Argensola insisten en la misma idea. Sin embargo, es algo que nunca se presenta como suficientemente demostrado y que se insiste en ello con la finalidad principal de justificar la matanza. De ese modo, Juan Bautista de Vera habría sido más un chivo expiatorio que el responsable de un complot (tesis de Rizal).

En segundo lugar los españoles proceden al inventario de los bienes de los chinos, los cuales fueron puestos a disposición de sus familiares, lo cual se comunicó mediante una embajada a Fujian; y, en tercer lugar, el intento de reanudación de las necesarias relaciones comerciales. Sobre esto último Argensola (que aquí parece copiar a ratos a Morga) explica que se envió al capitán Marco de la Cueva con el dominico Luis Gandullo a Macao, para informar a los portugueses de lo que había sucedido, y para que avisasen si oían “rumor de armada” en China. A su vez llevaron cartas para los “tutones, aytaos y visitantes” de la provincia de Guangdong y Fujian, explicando la actuación china y la respuesta española. No sólo en Macao ya se sabía lo ocurrido, sino que pronto llegó a Quan Chou la noticia de la presencia de los españoles en Macao y de su propósito, por lo que “los capitanes Guansan, Sinu y Guanchan, caudalosos y ordinarios con el trato en Manila”, les fueron a ver. Estos hicieron sus conjeturas sobre la verdad de lo sucedido, recibieron las cartas para llevárselas a los mandarines, y animaron a otros mercaderes y navíos de Quan Chou para que se atreviesen a ir a Manila. El viaje de Cueva fue un éxito ya que, al poco de su vuelta —que tuvo lugar en mayo de 1604—, llegaron 13 navíos de China con los que se cargaron las dos naos que salieron ese año para Nueva España, en junio. Así acaban las narraciones españolas.

Las fuentes chinas además de ser mucho más prolijas (ya que en este caso era a ellas a quienes les interesaba hacer una evaluación más completa de lo ocurrido) también son coincidentes con las españolas. Por ejemplo, el primer punto, el del inventario, podemos verlo recogido en el *Dong Xi Yang Kao*, en donde se señala que:

“El gobernador español dio órdenes para que todas las posesiones de los chinos inmigrantes fueran puestas en grandes almacenes, con el nombre de los propietarios. Entonces escribió al magistrado de Fujian urgiendo a los familiares de los asesinados que fueran a Manila a recoger

las pertenencias. Pero, hubo un chino llamado Huang, que era buen amigo del gobernador, que, pretendiendo ser un familiar de los asesinados, tomó fraudulentamente algunas propiedades”<sup>31</sup>.

Pero lo que es mucho más interesante es la evaluación final de lo ocurrido —por parte del emperador y de los oficiales de Fujian— a la hora de decidir si se reestablecen o no relaciones. Disponemos de dos versiones de la actitud oficial que fue tomada ante la masacre, la primera está recogida en el *Ming Shi*, y señala lo siguiente:

“El Magistrado Xu Xue-ju<sup>32</sup> envió un informe a la corte. El emperador se sintió conmocionado, y guardó luto por los muertos. Llamó a los magistrados oficiales para que fueran a investigar en el caso, y en el mes 12 del año 32 (1604), los oficiales presentaron sus conclusiones en la corte. El emperador dijo: “Zhang Yi, etc. ha engañado a la corte imperial y ha causado un conflicto en el extranjero. 20.000 personas y gente común han sido masacrados. Han traído desgracia a nuestro Imperio. No va más allá de los límites normales el ejecutarles. Se les debe cortar la cabeza y exhibirla por los mares. Pero el gobernador de Luzón asesinó a la gente sin permiso. Dejemos que los oficiales decidan qué castigo darle y que nos lo comuniquen.

Entonces Hsu Hsue-ju escribió a las autoridades de Luzón, acusando al gobernador por la masacre, y exigiendo que las viudas e hijos de las víctimas fueran devueltas a China. Pero, por el momento, China no llevó a cabo ninguna expedición punitiva a Luzón. Después los chinos volvieron gradualmente a Luzón y los españoles, siguiendo viendo el comercio con China provechoso, no impidieron a los chinos el reestablecerse allí. Finalmente la población china volvió a crecer una vez más”<sup>33</sup>.

La segunda, muy extensa, se encuentra conservada dentro del *Ming Jing Shi Wen Bien*, en donde aparece el informe del citado “delegado administrativo” de Fujian, Xu Xue-ju, en donde explica su actuación y el memorandum que envió al emperador, en particular el llamado “Informe al emperador Wan-li sobre la repatriación de los comerciantes chinos de Luzón”<sup>34</sup>. Allí Xu Xue-ju empieza hablando en nombre propio para situar el problema, señalando después que envió un edicto-carta a Luzón en el que tras hacer un repaso a los prolegómenos del problema: reconocer el engaño de Zhang Yi como causa de la masacre,

<sup>31</sup> DXYK, capítulo 5: Luzón (pág. 60).

<sup>32</sup> La figura de Xu Xue-ju es bien conocida (*Dictionary of the Ming Biography*, vol. I, pp. 582-585), así como su respetabilidad. En 1591 recibió el cargo de “delegado de vigilancia” en Huguang, y poco después “delegado administrativo” en Fujian, ejerciendo este cargo hasta 1607. Por consiguiente, pudo tener información de primera mano de todos los acontecimientos, desde el principio de ellos.

<sup>33</sup> MS, capítulo 323 (pág. 8373).

<sup>34</sup> MJSWB, capítulo 433 (pág. 4728).



y asumir la culpa por ello, no se aceptaba, sin embargo, la intervención española, por no tener permiso del emperador (hasta aquí casi repite el documento anterior). En consecuencia los magistrados de Fujian pidieron venganza al emperador, señalando que lo más injustificable de la acción española era que no se reconocía que el desarrollo de Luzón era en gran medida obra de los laboriosos chinos. Por no llegar respuesta del emperador, volvieron a enviarle uno y otro mensajes en los mismos términos, hasta que, por fin, el emperador dio respuesta negativa a una acción punitiva en base a cinco puntos: 1.- debido a la larga tradición comercial, los luzoneses eran como sus súbditos, 2.- el conflicto ocurrió fuera de China, y el enfrentamiento empezó de manera igualada, 3.- los mercaderes son gente humilde, por lo que no vale la pena declarar una guerra en favor de ellos, 4.- los mercaderes, al ir a Luzón, abandonaron sus familias, sin respetar la piedad filial, 5.- una expedición a Luzón sólo conseguiría agotar nuestras fuerzas. El tema ciertamente fue discutido en la corte creando una gran tensión, y sus ecos se prolongaron algún tiempo, hasta el punto de que los ecos de todo ello aun resonaban en 1605 en las cartas del propio Mateo Ricci<sup>35</sup>.

En consecuencia a Xu Xue Ju no le quedaba más remedio que advertir a los españoles —ya en el final de su carta— que debían estar agradecidos al emperador, que cambiasen su comportamiento y que devolviesen las propiedades de los masacrados. Sólo así el comercio sería reanudado. Pero, si no cumplían estos requerimientos entonces enviarían miles de barcos de guerra con las familias de los afectados, y se llamaría a mercenarios de países vasallos para que fueran a la conquista y reparto de Luzón. Así acababa la carta que envió a Filipinas<sup>36</sup>.

## Conclusiones

Para entender mejor las causas que llevaron a la masacre, y en particular la presencia de los tres mandarines en Manila, causa próxima de la masacre, debemos hacer cuatro contextualizaciones (que además fueron perfectamente

---

<sup>35</sup> Ricci señalaba en una carta, fechada a principios de 1605: "Se está hablando mucho de esto en la corte, y tenemos miedo de que algún daño nos pueda venir de todo ello [por la posibilidad de que se nos pueda asociar a los españoles]" Véase Jonathan Spence *The Memory Palace of Mateo Ricci*, Penguin Books, 1985, pág. 216.

<sup>36</sup> Esta misma carta fue enviada a los españoles, quienes la tradujeron, y poco después fue publicada por Argensola. Es interesante hacer notar que las dos versiones (traducción española publicada por Argensola y original chino traducido por nosotros) son altamente coincidentes, pero de los cinco puntos señalados por el emperador la traducción de Argensola solo recoge el 1º, 2º y 4º.

intuidas por Benavides en la carta que envió al rey el 5 de Julio de 1603, y que iba acompañada de los dos singulares documentos que citamos al principio de este trabajo). En primer lugar conviene señalar que el periodo de tiempo en que estos acontecimientos tienen lugar está marcado por el crecimiento rampante de la piratería en los mares de China, así como por la prohibición expresa china de participación de sus súbditos en el comercio marítimo en un momento en que empezaba éste a internacionalizarse. Por consiguiente, la búsqueda por parte de los patrones chinos de soluciones alternativas y ventajosas era práctica común. En estas circunstancias Manila se había consolidado como una base importante de exportación de plata en el Sudeste Asiático (gracias a la llegada desde Nueva España del "situado"), en un momento en que la demanda de este metal estaba en alza en China. Por ello, no es de extrañar el interés que despertara la frágil colonia de Manila entre sus vecinos, y la sensación de peligro que ésta pasó a tener, ante inesperadas llegadas de, principalmente, piratas japoneses, y desde 1600 de piratas holandeses (Olivier de Noort).

En este contexto, los chinos van llegando a riadas a Manila con planes de establecerse, y aunque contribuyen a la consolidación de la ciudad por sus cualidades artesanales, cada vez más se presentan como una amenaza para los españoles, que sólo representan la décima parte de aquellos. La amenaza china había sido cierta en 1593, cuando los 250 chinos forzados a galeras asesinaron al gobernador; presumible cuando los siete mandarines, rodeados de gran pompa, y con motivos poco claros, se presentaron al frente de una armada en 1594; y muy sospechosa cuando otros mandarines repitieron en 1603 la aparición, y se dedicaron a hacer justicia entre los de su raza. Autores como Argensola no tuvieron dudas sobre sus intenciones, y en su narración añaden descripciones de cómo mientras los mandarines estaban en Manila vinieron ocho barcos de chinos a comerciar, que aseguraron a los españoles de los verdaderos propósitos de conquista de los chinos. Además, añade, que mientras los mandarines presionaban a Zhang Yi a dar explicaciones de dónde estaba la montaña de oro, éste respondía en voz baja indicando que —según los intérpretes o naguatatos (decía Argensola)— lo que había querido decir era que en Luzón había mucho oro y que valía la pena conquistar la isla.

Posiblemente, en la figura de Zhang Yi (un "sillero y carpintero" según las informaciones de Benavides) se funden las imágenes del aventurero, perverso (como dicen las crónicas chinas) y soñador, o las de "un pobre perdido y desbaratado" (como lo reflejan los documentos chinos traducidos por Benavides), que, con el ir y venir de chinos de Quan Chou y Chang Chou a Manila, había visto una posibilidad de expansión de China y una ocasión de enriquecimiento personal, siendo capaz de inventarse su propia utopía: un lugar en donde había una montaña que producía oro, mito en que no sólo acabó creyendo sino que

obtuvo la autorización del emperador para investigar el lugar<sup>37</sup>. Aunque los magistrados chinos le acusaban de “salirse con todo ello para buscar gente para hurtar y robar y ser corsario” (documentos chinos de Benavides). Este conflicto, que iba a tener lugar con los españoles —gente también acostumbrada a la búsqueda de *El Dorado*— no podía menos que estallar.

En segundo lugar debemos fijarnos en otro hecho que hizo posible la aceptación creciente de chinos en Manila. Los españoles, en particular, los provinciales religiosos admitieron que se había ido demasiado lejos en no obedecer las ordenanzas reales que prohibían el crecimiento de la población china más allá de los 6.000 chinos, norma que fue obliterada por los ingresos que producía cada nueva licencia. El Obispo de Nueva Segovia, Fray Diego de Soria, comentaba al respecto:

“...era voz general que el número de chinos alzados alcanzaba a veintitres o veinticuatro mil, aunque los oidores decían que no pasaba de ocho mil, cuyo número reducían los dichos oidores, por ser los principales culpables del alzamiento, por prodigar las licencias de los chinos para quedarse en Manila; licencias que vendían a 5 tostones cada una; y oidor hubo que sacó 60.000 tostones de las dichas licencias, equivalentes a 30.000 pesos”<sup>38</sup>.

En tercer lugar, y volviendo ahora la vista a lo que pasa en China, vale la pena fijarse en un aspecto del reinado de Wan Li: su política de nombramiento de eunucos como recolectores de impuestos e intendentes de minas<sup>39</sup>. Dicha política fue iniciada en 1596 y para 1599 estaba ya muy extendida. La motivación inicial venía del hecho de que la falta de legislación había producido en este aspecto una administración laxa y corrupta, por lo que se imponía una cierta auditoría, que se confió a los eunucos. Pero, los eunucos a la vez que exten-

<sup>37</sup> Una breve observación. El francés Rene Jouglet, tras visitar las Filipinas en 1931, y haber oído hablar de los tesoros del pirata Limahon, publicó en París en 1936 un imaginativo libro titulado *La ville perdue*, en donde señalaba que los tesoros del pirata —que los habría ocultado en Cavite o Pangasinan treinta años antes de la masacre—, habrían sido la causa de diversas expediciones chinas para el descubrimiento de los mismos, siendo la de 1603 la última de ellas. Véase Cesar Callanta, *The Limahon Invasion*, New Day Publishers, Quezon City, 1989, pág. 69. Recuérdese que comentábamos en la nota 15 cómo el gobernador de los chinos, Juan Bautista de Vera, había llegado a Filipinas en la época de Limahon.

<sup>38</sup> Véase a este respecto la carta de Fray Bernardo de Santa Catalina, Provincial de los dominicos y comisario del Santo Oficio (Blair & Robertson, vol. XII, pág. 146), así como la nota adjunta del traductor comentando el real decreto del 13 de junio, en Barcelona, para restringir la presencia china en Manila.

<sup>39</sup> Sigo en esto a Ray Huang, *The Lung-ch'ing and Wan-li reigns, 1567-1620*, en “The Cambridge History of China”, vol. 7, primera parte, pp. 530-532.

dieron su autoridad, interferieron en las funciones normales del gobierno civil, allí donde iban. Además, sin precedentes ni procedimientos claros para organizar un *staff* regular, se rodearon de rufianes y aventureros. En ocasiones, las operaciones de recogida de impuestos para las minas se convertían en formas de extorsión, por lo que eran saboteadas por oficiales rivales, y, más de una vez generaron problemas sociales<sup>40</sup>.

En este contexto, no parece difícil encajar y dar finalmente una interpretación a la figura del eunuco Gao Tsai. Sin duda los motivos de su actuación eran los de proteger las aspiraciones de aventureros como Zhang Yi u otros oficiales corruptos como Yang Ying-long, en contra tanto de los cortesanos de Beijing, como de los magistrados de Fujian, no sólo Gan Yi-chen o Wang Shi-ho, sino especialmente Xu Xue-ju. Benavides lo vio así de claro desde el primer momento:

“Porque el Rey tiene hechos hombres de oro y mugeres de plata y los anda conbidando y dando de beber y a enviado a cada Reyno de los suyos un eunuco de los sectos, y estos eunucos por sacar oro y plata para el Rey echan muchos tributos a los vasallos, y sientese tan oprimido con todo esto el imperio de la china que con toda publicidad nos dicen aquí los chinos que dentro de dos años poco más o menos a de haver comunidades y levantamientos en china”<sup>41</sup>.

---

<sup>40</sup> Podrían citarse los siguientes ejemplos de actuaciones provocativas de eunucos. En 1599: Ma Tang, inspector de impuestos, que consiguió soliviantar a los comerciantes de Linqing (Shangdong), que le quemaron la casa y le dejaron medio muerto; Cheng Feng, que fue enviado a Huguang como inspector de impuestos y de minas y consiguió amotinar a los habitantes de Wuchuang; Sun Long, inspector que consiguió que los telares de Suzhou se le declaran en huelga. En 1603: Wang Zhao, inspector de minas de cargón de Xishan (Beijing) encontró oposición entre los mineros, que fueron a Beijing a manifestarse. En 1606: Yang Rong encontró quemada su oficina de recaudación de impuestos por los mineros de Yunnan. Vid. Bai Shouyi y otros, *Breve Historia de China*. Vol. I. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing, 1984, pp. 348-349.

<sup>41</sup> COLÍN & PASTELLS, *Op. cit.*, vol. II, pág. 415. En realidad, no es de extrañar la clarividencia de las observaciones del dominico Benavides acerca de los eunucos, ya que conocía con detalle la reciente experiencia del también dominico Diego de Aduarte, que en el fondo era un precedente de los ejemplos citados en la nota anterior. En efecto, Aduarte salió de Manila para Macao el 6 de septiembre de 1598, con objeto de pagar el rescate del “caballero Don Luis” en Cantón. Llegó allí 20 días después, y coincidió con el eunuco Liculifu (sic), quien —al saber de la presencia del extranjero— le torturó y extorsionó para obtener de él más dinero del que llevaba, como así fue al final, pues Aduarte no tuvo más remedio que pedirlo prestado. Toda la historia viene relatada autobiográficamente por el propio Aduarte en su *Historia de la Provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores de Filipinas, Japón y China*, Zaragoza, 1693, pp. 214-219. (Un ejemplar de dicha edición de finales del siglo XVII se puede consultar en la Sección de Libros Raros de la Biblioteca de la Universidad Nacional de Taiwan). A su vez, el mismo Mateo Ricci cuenta como uno de los criados católicos que él tenía para funciones de correo, también en 1598-99, fue robado, asesinado y echado al río, por negarse a pagar aquella vez comisiones, propablemente —según Spence— todo ello es hizo en conexión con la presión fiscal que en ese momento provocaron los eunucos. Ver Jonathan Spence, *Op. cit.*, pág. 215.

Además la figura de Gao Tzai nos reaparece nuevamente en escena al año siguiente, el de 1604, cuando habiéndose enterado de la presencia de holandeses en las islas Pescadores, que venían con la pretensión de establecer comercio con China, envió una misión a dichas islas ofreciendo conversaciones, previa entrega de elevados presentes, tanto para él como para el emperador. Son nuevamente el Dong Xi Yang Kao y el Ming Shi que dan noticias de que el conbon (en realidad, el gobernador Xu Xue-ju) y los oficiales de la provincia de Fujian se opusieron a la actitud del eunuco enviando al touzy (almirante) Shen You-rong al frente de una armada, tanto para disuadir a los holandeses de su empeño, como para obstruir los planes de Gao Tzai<sup>42</sup>. Sin duda los recientes sucesos de Manila habrían sido la última de las justificaciones que habría encontrado Xu Xue-ju para oponerse a la política del eunuco, esta vez por la fuerza, representada en la figura de Shen You-rong<sup>43</sup>.

En cuarto lugar, y para entender la explicación última de la incapacidad de los magistrados locales de Fujian para actuar en este problema según propios criterios, vamos a fijarnos en la figura del propio emperador Wang Li y su estilo de gobierno, del que muchas veces se ha generalizado diciendo que fue de indolencia, irresponsabilidad e indecisión, que le llevó a ignorar los consejos desagradables y las reconvenciones de sus oficiales<sup>44</sup>. Su inacción estimuló las facciones partisanas creando una reacción antagónica entre el emperador y sus cortesanos. El emperador se iba enclaustrando, y los negocios de la corte se trataban cada vez más sobre papeles, con lo que el emperador más de una vez dejaba de leer estos intencionadamente.

Estas descripciones de Wan Li que acabamos de ver casan perfectamente con las dificultades —reflejadas en las fuentes chinas— con que los oficiales

---

<sup>42</sup> Este tema fue estudiado por Leonard Blussé en "Inpo, Chinese merchant in Pattani: a Study in early Dutch-Chinese relations" (1977), pág. 294. Blussé señala como las fuentes chinas describen tanto a Gao Tsai como un extraño individuo "con gustos exóticos tales como el comer los sesos de niños vivos", como a Shen You-rong, un ejemplar oficial confuciano, que escribió un libro recogiendo los panegíricos que le habían dedicado sus amigos.

<sup>43</sup> La carrera profesional de este personaje puede verse en el ya citado Dictionary of the Ming Biography, vol. II, pp. 1192-1194. Shen You-rong aumentó su prestigio tras dicha acción pero Gao Tzai, resentido por ello se opuso a cualquier recompensa, y, en el otoño de 1606, consiguió que le enviaran a un puesto militar secundario en la provincia de Zhejiang.

<sup>44</sup> Vid. Ray Huang, *Op. cit.*, pp. 514-517. A este respecto tenemos el valioso testimonio correspondiente al segundo documento que Benavides tradujo y envió al rey de España, que llevaba un título que se explica por sí mismo: "Traslado de una petición que el magistrado supremo de la provincia o reyno de honcong [*lugar difícil de identificar*] dio al rey de la china para persuadirle no diese oídos a unos chinos que pretendieron este año presente de 1603 que se viniese de la china a hazer guerra y a tomar esta tierra de luzon en philipinas y que el dicho rey diese su licencia y consentimiento". Véase Colin & Pastells, tomo II, pp. 416-417.

chinos encontraron al querer paralizar la exploración de la “montaña de oro”, y con el tener que verse obligados a cooperar con dicha aventura por puro cumplimiento del deber, sabiendo que indirectamente se podría estar protegiendo a aventureros indeseables. En consecuencia, durante la época del emperador Wang Li, las provincias costeras parecen estar demasiado lejos de Beijing, por lo que los mandarines se debaten entre su lealtad al emperador y los pequeños conflictos de intereses locales, y cuando estos ya han caído fuera de control, incluso personas como Xu Xue Ju (que se nos aparece como un honrado magistrado), buscan soluciones pragmáticas a la hora de poner punto final a los problemas sin solución, al menos eso parece confirmarse de la lectura del capítulo 47 del *Guo Que*, en donde el resumen global que se hace de todo lo que había pasado en los meses posteriores a la masacre es emblemático de la situación en los mares de China:

“Los bárbaros tenían miedo de que China llevase a cabo una acción punitiva contra Luzón, por lo que enviaron algunos detectives a Macao. Sin embargo, lo magistrados de Fujian y Guangdong no quisieron informar de ese hecho, sólo explicaron al emperador parte de la verdad, con lo cual el emperador sólo *ordenó* a los luzoneses: ¡no creéis más problemas! Y las cosas quedaron así”<sup>45</sup>.

---

<sup>45</sup> *GQ*, capítulo 79 (vol. 8, pág. 4917).